

# Ensayo sobre las poesías de Maria Eugenia Vaz-Ferreira

«Para las imaginaciones pobres, las horas de insomnio transcurren en inquietud febril; para los espíritus fecundos, ellas pasan brillantemente y á prisa, mientras se escuchaba la divina música del pensamiento.»

«Mi imaginación me sugiere una enorme rueda de fuego sujeta á una montaña, que en su incansable giro, hunde á la vez sus chispas en el cielo y en el abismo.»

*Pensamientos inéditos de N. E. Vaz-Ferreira*

•Toma la lira y el plectro  
Ven á cantar los melancólicos versos,  
.....  
Esos que llegan al alma,  
Esos que cantan los tristes  
Que tienen sólo esperanzas...

*Dedicado á la señora C. Nin de Lussich. Testimonio de lo mucho que aprecio su incomparable y universal bondad, su elevada nobleza de sentimientos.*

## INTRODUCCIÓN.

La poetisa uruguaya de que me voy á ocupar tiene como don dominante de su espíritu: la intelectualidad; y al extraño mérito de su facultad poética se agrega en una palabra: energía. Personalidad intelectualísima y poética singular, ha aquí las dos cosas que costaban...

## I

Al abrir el libro manuscrito que encierra las visiones á ideales de un alma poética evoco á pesar mío á la autora en cuyos versos quisiera descifrar los «leit motiv» de esa música íntima apellidada poesía. El físico revela el espíritu; hallo esta notable correspondencia en María Eugenia Vas-Ferreira. Sus cabellos, su cara, sus ojos tranquilos y hondos, sus actitudes, traducen á un espíritu modernista; semeja á esas figuras misteriosas y vagas como las esculturas egipcias que adornan las alhajas y los vasos modernos. Su musa es así fantástica á lo germánico, desigual, melancólica; siempre extraña cuando no enigmática; el límpido y sereno sol de Grecia no alumbra sus versos; es más bien la «casta y pálida Selene» que daba luz á las danzas de los gnomos y hadas entre las brumas tenues del otoño.

Su primera poesía «Las Ondinas» asevera la última observación. Al lejano norte alemán, al Rhin, á los lagos germánicos, ha ido á buscar sus figuras poéticas.

El paisaje donde vienen á reposar las ondinas ligeras es de nuestro país; sugiere la Playa Ramírez. A menudo está allí, en verano, la poetisa, cuando «el sol se oculta en lo infinito», (1) al bajar el heleno Apolo á su mansión de oro. ¡Qué visiones grandiosas ven allí los temperamentos artistas! Ese mar tan augusto, tan sereno; ese cielo puro é insondable, hablan el más divino lenguaje, dicen la más preciosa nueva: paz, serenidad, belleza, salud, al ser que ame lo bello. Esto han dicho á María Eugenia Vas-Ferreira:

«Junto á la costa  
Donde la arena tibia y plateada  
Bañan las ondas,  
Y los insolentes  
Hayos primeros de la alborada  
Brillan y murmuran,

(1) Falso de un verso de Rafael Obligado.

De entre la espuma  
 Surgen ligeras de las ondinas  
 Las raudas curvas  
 Y los informes  
 Trajes etéreos de hadas marinas.  
 Blancas visiones....»

Del mar abierto y el hondo cielo, grandes inspiradores, como escenario, pasamos con «Berceuse» á un salón que pertenece á casa donde se ama el divino arte de Beethoven. Para comprender este poemita tan original debe saberse el talento de Maria Eugenia Vaz-Ferreira para la música; es absolutamente dueña del piano y señora de una inspiración clásica. La he oído tocar sus propias composiciones entre páginas de Chopin y Grieg, sintiendo hondo placer. Absorto, no dormido, como el héroe de «Berceuse», he quedado. En oyéndola me ha parecido comprenderla más: el modo suave y sereno de golpear las notas manifiestan la incurable displi-cencia, nostalgia de una belleza entrevista. Se siente aquí de que si en la vida social nuestra indiferencia y una tendencia á considerar su espíritu cual una hoja al viento — *come le foglie* — conserva su energía para las obras de arte que afirman fuerza y vigor. Qué harmónica, cuán fácil se leen y se sienten estos versos:

«Era de noche: yo tocaba  
 Una berceuse de Chopin  
 Y aun sin mirarlo bien sentía  
 Fijos en mí los ojos de él.

Cuanto, Dios mío, nos amamos  
 Cuando escuchábamos los dos  
 Aquella rítmica armonía  
 Que nos llegaba al corazón!

Mas yo no sé porque olvidada  
 De su presencia aquella vez,  
 Todas las fuerzas de mi espíritu  
 En la berceuse concentré.

La repetí dos y tres veces  
 Siempre pisándole el compás  
 Yo lo llevaba muy despacio  
 Muy condensado, muy igual...

Cuando despacio que habe concluido  
 Volví los ojos hacia él,  
 Hallé los suyos ya cerrados;  
 Nada me dijo, yo callé.

No sé qué extraño sentimiento  
Hizo á mis labios sonreír  
Al verlo tan serenos  
Adormecido junto á mí....

¿Fue real su sueño? ¿fue un elogio?  
Aún hoy lo ignora. Noto sé  
Que yo me dije sin desapecho,  
Fui más artista que mujer.»

El poema siguiente «Invernal» es admirable como naturalidad y fluidez:

«El viento hace crujir sobre la arena  
Las hojas amarillas  
Sobre las ondas turbias del arroyo  
Los sauces melancólicos se inclinan»

Llegamos por fin á la poesía que me hizo considerar á María Eugenia Vaz-Ferreira, como gran poetisa: después de leer: «yo quisiera saber lo que pasa en tu mente» brotó la simpatía que consagra este estudio. Encuentro en esa poesía, un estilo vigoroso á que poco nos acostumbran nuestros poetas, una poderosa sugestión que la hace leer y releer. Me trae vagos recuerdos de las poetisas inglesas Elizabeth Barrett Browning y Felicia Hemans, que tanto amo. La ruta trazada por esta poesía de forma invocativa y vibrante en que palpita la vida de las pasiones nobles aconsejaría siguiéranla los jóvenes vates: sólo á la inspiración individualísima, á la manifestación personalísima y original cabe producir la emoción estética y moral. Esta y aquella poesía que comienza:

«Ven tú que tienes el mirar sencillo,  
Los ojos claros llenos de confianza»

son lo más conmovedoras. Si indagara su psicología creo las hallaría inspiradas en la admiración que tiene la poetisa por su hermano, el filósofo. Ante él, cuya inteligencia es clara como las tardes del estío, de voluntad firme y valiente, ante él que adora lo positivo de los conocimientos, debe ella sentirse como frente á una esfinge llena de bondad, mejor ante un Sócrates virtuoso y noble; breve la actitud de la ignorancia relativa frente al gran saber dictan las interesantes estrofas:

«Yo quisiera saber lo que pasa en tu mente  
 Cuando cruza el tropel de los raros hechizos.  
 El que agita y alumbró tu pálida frente  
 Coronada de negros é indómitos rizos:

Cuando enciéndese y brota la chispa febea  
 Con que sella su imagen tu anhelo gigante:  
 Cuando nace y profunda germina la idea.  
 La que vence y sacude tu sien palpitante:

Cuando miro en tu rostro la huella que imprime  
 Con sus ansias secretas un alma que piensa,  
 Y el aliento febril que en tus labios reprime  
 La palabra que muere en tu boca suspendida.

Yo quisiera mirar el destello radiante  
 De ese extraño fulgor que en tus ojos oscila  
 E impregnarme de luz y vibrar un instante  
 En el brillo inmortal de tu negra pupila.

La gemela de esta joya merece transcribirse por entero.  
 Léedla lector: es el lenguaje del alma nobilísima de la mu-  
 jer intelectual.

Ven tú, que tienes el mirar sencillo.  
 Los ojos claros, llenos de confianza...  
 Tú que marchas tan firme por la vida.  
 Lleno de fe, de paz y de esperanza!

Tú que puedes sentir las alegrías  
 Sereno, sin angustias, tú que esperas  
 Que vuelva tras las sombras del invierno  
 El sol de las alegres primaveras...

Tú que si me haces ver que no me amas,  
 La obcecada visión del bien perdido.  
 Me das de tu constancia la promesa  
 Con el cándido rostro sorprendido.

Y si á pesar de la razón yo dudo  
 Y ves pasar angustias por mi frente,  
 Con amable y solícita ternura  
 Me vienes á pulsar, tranquilamente...

**El reino de la super-mujer vendrá.**

## II

## POESÍAS SOBRE LA NATURALEZA

A la «virgen Primavera» (1) dirige este canto triunfal:

«Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños  
 .....  
 ... Tú que serenas las aguas claras como cristales...  
 .....  
 ... Y desparramas el rubio trigo sobre el tejado  
 Donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores  
 Y solo ofreces á las torcazas seco y dorado  
 Para que tejan el dulce nido de sus amores».

Y de esta suerte ascendente en bellezas y elogios, sigue invocando la estación de la esperanza, hasta compararla con la primavera de los amores. Obsérvese que toda esta pintura tan fiel de la primavera sirve para precisar por comparaciones la hermosura de un sentimiento. Este procedimiento poético lo emplea en muchas otras poesías á la natura. En otra, pinta al crepúsculo terminando con esta reflexión moral:

«Tras la distancia se ocultó la lumbre  
 Que hizo brillar unas pupilas negras,  
 Y una vida se apaga poco á poco  
 Marchita por las sombras y las penas».

En el poemita XIV vuelve la poetisa á las «blancas visiones», á sus *ondinas* queridas que la llevan por el mar fascinador.

Un vivo sentimiento de la poesía natural sugiere «Las Selvas». La vida primitiva, nómada, fascina á nuestra autora: la selva con sus indescriptibles bellezas, sus pendientes onduladas, orladas de árboles gigantes, las vistas que se extienden al través del follaje entrelazado, la voz del infinito que entona cee verde de vida de los prados salvajes, la emo-

(1) Expresión de Pedro Nuda, poeta argentino autor de *Epitafios*.

ción que enciende el silencio augusto y vital de los grandes bosques — todo eso sublime natural es más que el salón con su luz artificial, el ambiente que ama María Eugénia Vaz-Ferreira y por ello lo canta tan sentidamente.

Escuchad estas estrofas, si no es cierto lo que digo:

«Me voy á las incógnitas praderas  
A las Vegas desiertas y remotas  
Donde son las alegres primavemas  
Un caos de relámpagos y notas»

... Donde retrata el sol sus iris vivos  
En las gotas que el ríffiro desflaca,  
Y en que moja la flor de los cellos  
La púrpura sedienta de su boca

Donde pueda vagar eternamente  
Por las salvas incultas y olorosas,  
Con los rizos al aire y con la frente  
Coronada de pámpanos y rosas».

Después de la selva admira el jardín «pomposo de colores» donde «pasa la tarde suavemente inmensa.» Allí «hay luz, hay cantos y una dulce visión de primavera».

Luego compara al jardín el alma abierta á las sensaciones.

En «Mis flores» pasa revista á su jardín para escoger sus favoritas:

«Mis flores son las que brotan de un hondo surco terroso  
Cuando las ojeras cava la fístula fecunda y fuerte,  
Esas son las flores pardas de perfume acre y sabroso  
Que engendra el mal de la vida para ofrenda de la muerte».

Hay algo de la excentricidad *baudeleriana* en esta estrofa fuerte; el sentimiento extraño que delata, ha hecho decir á la poetisa «entre lo raro y lo bello prefiero lo raro.» Este pensamiento es una de las avenidas que conducen á su espíritu nostálgico.

## POESÍAS ERÓTICAS

«Nuestros poderes intelectuales y activos aumentan con nuestra afección».

Euvamos.

III La música de Grieg, notablemente su « Poème Erotique », es la que mejor conviene asimilar á estas poesías de « un amor alemán que no han sentido los alemanes ». ¿Quién puede escapar á los deslumbramientos del amor? Á todos rozara el divino sentimiento y á todos deja como á la rubia Psyquis abandonados y amargamente tristes.

Veamos lo que nos cuenta del país etéreo de Cupido nuestra poetisa á la vez tan sensible y tan marmórea.

« Triunfal » é « Invicta » son las huellas sentimentales de escenas de la vida del corazón: en « Triunfal », Cupido, alegre y victorioso, parece desplegar cual colibrí sus alas encantadas que á poco, recostado gracilmente sobre el olimpico césped, le ha ceñido la divina Aphrodita. Canta la poetisa.

... « Al bardo de rimas auroras  
De plectro de oro y de gloriosa mente  
Que al entonar tus cánticos triunfales  
Tienes rimbos de jús sobre la frente ».

En todas las estrofas imprime el amor su sello vigoroso y pasional hasta esta invitación suprema: \*

« Vamon los dos á desatar el vuelo  
De nuestras anchas y potentes alas  
Hacia el cenit donde despliegue el cielo  
La magnífica pompa de sus galas;

« Donde la nota victoriosa y fuerte  
De los clarines se vibrante oere;  
Dando la diana del amor despierte  
Nuestros sueños de púrpura y de oro  
.....



Yo haré latir tus fibras más sensibles  
 Con mis hondas y ardientes fantasías,  
 Y me darás en versos vigorosos  
 De tu voz las soberbias melodías

Y encendiendo los mustios arreboles  
 Con nuestros rayos fuertes y fecundos,  
 Viviremos los dos como dos soles  
 Alumbrando las almas y los mundos.

Este poema de amor elevado, trae al recuerdo, el afecto de la sublime Hypatia de Alejandría por el soberano señor de la sabiduría, Apolo el divino: es un amor casi místico concentrado en algo abstracto y que se simboliza en un ser humano. El bardo gentil es el padre de las musas hecho mortal.

De «Invicta», los versos gallardos y fibrosos he leído y releído á menudo en voz alta. ¡Que altivez displicente hay en la heroína, que serenidad de las altas cumbres en sus ideas, que helado y duro su *corazón de princesa cautiva!*

Oídla responder augusta, la frente alta, aunque transparente infinitos pesares, la actitud erguida de principesca bravura — á su solícito galán y señor por la atroz ley de la victoria.

Habla la cautiva:

Sé que eres fuerte, poderoso y bello  
 Como un soberbio gladiador romano,  
 Que de las glorias de inmortal destello  
 El cetro empuña tu gallarda mano.

Sé que tienes de rey la invicta fibra,  
 La voluntad espléndida y valiente,  
 Sé que el clarín que ante los héroes vibra,  
 Arrulla con sus cánticos tu frente.

Sé que tus ojos, de hombre poderoso,  
 Como el llameante abismo están abiertos....  
 Sé que eres grande, indómito y bravo  
 Como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,  
 Que en tu visión de vencedor me avistas  
 A la lumbre del rayo que decanta  
 La rada tempestad de tus conquistas.

Ya tu mirada combatí la mía;  
 Ya me asusté sus flechas luminosas,  
 Ya conar quisiste mi Tebalda fría  
 Con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir sedas y attivo  
 Envuelto en la epopeya de tus glorias,  
 Y llevarme cual pájaro cautivo  
 Al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos  
 Marcha inminente á su primer derrota:  
 Que al preciado joyel de tus trofeos  
 No podrá engarzar mi viola rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores  
 Las pupilas de fuego con que abrasas,  
 Apagará sus bélicos ardores  
 El frígido metal de mis corazas.

Sé que no apre-sarán tus recios bríos  
 De mi alma libre la triunfal bandera,  
 La que ostenta la flor de mis desvíos  
 Cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienes  
 Marque el vigor de tu viril arroyo,  
 Y atado al eslabón de mis desdenes  
 Los dientes hiques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje  
 Suelta la garra en pos de tu quimera,  
 Como el león que acecha entre el bosque  
 Des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida  
 Que el oleaje amenaza en su bravura  
 Y eternamente ante la mar vencida  
 Su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos  
 Más allá de los astros inmortales,  
 Que no pueden tocar los raudos vuelos  
 De las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro  
 Contra mi pecho tu potencia esgrimas.  
 Yo tengo un corazón helado y duro  
 Como la blanca nieve de las cimas.

¿Hase oído en el Parnaso Uruguayo nota más vibrante,  
 canción más fluida y soberbiamente vigorosa y enérgica?  
 Aquí ha llegado el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira  
 á lo hondo de sí, á la suprema belleza de su inspiración. He  
 ahí su real ruta al Ateneo, donde acaso como Corina será co-  
 ronada un día.

De las otras poesías menores estos son los versos más a her-  
 mosos:

«Perdida la esperanza (1)  
El anhelo perdido  
Soportaba la angustia  
De mi agudo martirio.»

«Ven y siéntate á mi lado (2)  
Que un año triste he tenido:  
Pon mis manos en las tuyas  
Como siempre, y di bien mío  
Alguna dulce palabra  
Bien cerquita de mi oído.»

· Esto es hermoso, tiene del sentimiento acariciante que expresa; la suavidad, la ternura y la melancolía.

«Tú no sabes, tú no sabes (3)  
Lo que yo llevo guardado....  
Y ayer por reverenciarme  
El sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño  
Cuando junto á mí pasaras  
Ay! en lugar del sombrero  
El corazón te quitaras!»

¡Qué grito pasional encierran estas dos estrofas!  
He aquí otra digna gemela de la anterior:

En la desierta calle (4)  
Toda blanca del sol de mediodía  
Súbitamente un órgano desata  
La cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza á mi cuerpo  
En vueltas locas, á la par que rítmicas  
Una angustia me oprime; es un sollozo  
¿Quién podrá consolar esta alegría?

Los dos poemitas que siguen pintan las angustias de una alma de novia:

«Me engañan, me engañan (5)  
Las avecitas de Enero  
A golpear en mis cristales  
Sus amorosos cantos vinieron.

«Por favor las de mi vida  
No me dejes un momento  
Que solo el bien de tus ojos  
Contra mis angustias tengo....»

(1) Poemía N.º III.

(2) Poemía N.º IV.

(3) Poemía N.º V.

(4) Poemía N.º VI.

(5) Poemía N.º VII.

La poesía número xxiv encierra un pensamiento amable y luego una amargura terrible.

El número xxv que pudiera bien llamarse: «Para siempre» —poseo de «Invicta» la libra de energía invencible que en cosas del arte ostenta la poetisa.

«Aunque los agujeros dardos  
Me claves de tus dientes,  
De tu luz será la sombra  
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abraza  
A cada paso que sigo,  
Mi vida irá con la tuya  
Para siempre, para siempre dueño mío.

Vé no más como un fantasma  
Tras el supremo delito  
Del amor y de la gloria  
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto  
Yo me volveré al olvido,  
Y te guardarán mis brazos  
Para siempre, para siempre, dueño mío.»

Esto es bellísimo, sentidísimo, para qué decirlo. Hay aquí algo de la melancolía suprema que acompaña al vocablo *eterno*. Ese «para siempre, para siempre dueño mío» suena como el compás de una «berceuse» infinita, eterna, que mientras exista la mujer repetirá en coro invisible el corazón secreto.

La poesía xxviii es un canto flébil en el cual el corazón de una esposa amorosísima no correspondida, vierte en el ánfora de la poesía sus amargas tristezas. No sin experimentar honda emoción se leen estos versos, bellos entre los bellos;

«Como chiripas escapadas á algún entre  
Que en la noche moribundas se perdieron,  
De mi boca, sal de amores  
Encendido en tus pupilas resistentísimas  
Van los besos á morir de tus cabellos  
En la andosa noche negra.  
Mas tú sigues inconsciente como el pino de las rocas  
Que las aguas acarician con sus alas plañideras...  
Como el lago en que doblado  
Llora un cance sus cadáveres...»

Como el ave fugitiva  
 Por quien llaman desde el nido las nostálgicas endechas.  
 Mas tú sigues por la luz y por la sombra  
 Por el duelo y por el fausto de tu senda,  
 Inconsciente de los laureos  
 O del consuelo que te llevan  
 Esos hijos infelices

Engendrados en las horas de mis penas!

.....  
 Como si chispas escapadas á algún astro  
 Que esa la vida moribunda se perdieran  
 De mi boca, sol de amores  
 Encendidos en tus pupilas centelantas,  
 Van ellos buscos á morir de tus cabellos  
 En la vasta noche negra....

La misma Eva - de quien adivinamos el gran pesar pudo  
 escribir estos versos: de profundo espíritu lírico:

« Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno  
 Siento en el jugoso corazón mío  
 Grande y obscuro como el invierno,  
 Como el invierno triste y sombrío....

Pesan las penas  
 Sobre mi alma triste y doliente  
 Sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas... » (1)

Dos retratos sugestivos y bellos del ideal bien amado apa-  
 recen en los versos XIX y XXXI:

« Grises como las brumas del otoño,  
 Son los ojos que tiene el dueño mío.  
 Hay algo en ellos, algo  
 Melancólico y sugestivo... »

El otro es fácil y fluido, ático en su sencillez y dulce-  
 mente hondo en la idea:

« Era su canto melódico y lento,  
 Era lleno de luz su pensamiento,  
 Su faz de esbaldador extraña y bella  
 Y admiré su primer con la tranquila  
 Beatitud de una lánguida paglia  
 Que ve pasar una lejana estrella ».

Diríase esta descripción en estilo noble y bello el retrato  
 de Marco Aurelio por Taine. ¡Qué divina visión de un amor  
 intenso poético é ideal proyectan estas estrofas! Cantan á  
 ese bien amado é amada con que todos soñamos mientras la

(1) Poesía número XIX.

sincera diosa Juventud besa nuestras frentes ardorosas, pero rara vez despierta de su sueño en la selva encantada ese príncipe ó princesa:

En el deslambrazamiento de mi vida  
 Por largo tiempo quedará vendida  
 Contemplativa, silenciosa y quieta:  
 Mientras que el oro electo de mi alma  
 Irá á posarse á modo de una palma  
 En su lírica frente de poeta.

Todo un drama del inquieto corazón representan estas líneas sinceras. Del fondo de un alma es este grito, por ello es tan hermoso y tan sentido. Cuando intentan mostrar su amor y simpatía ciertas almas para quienes algo significa la vida interior, y no se ven correspondidas, les asalta indecible amargura y luego con la calma viene un recuerdo sereno, de una dicha, única que hace olvidar casi por completo el desengaño. Algo de este sentimiento sutil y complejo existe en la postrer estrofa.

De la dulce calma de los versos anteriores pasamos á la inquietud devoradora de un corazón que ama delirante:

«Cómo batan, como batan sin cesar sus negras alas  
 De tus grandes ojos bellos las inquietas mariposas,  
 Mientras brillan encendidas sobre el jaspé de sus galas  
 Tus nostalgias infinitas y tus ansias pesadonas!»

.....  
 Ven con tus dos mariposas al jardín donde te espera  
 Para la sabrosa fiesta mi cáliz de labios rojos:  
 Bébeme gota por gota la esencia, y haz que me muera  
 Bajo una gloria tejida con las alas de tus ojos.»

Y con este verso cerramos la ventana por donde vimos el templo de amor que alzaba la poesía de María Eugenia Vaz-Ferreira. El es de silentes proporciones y le alumbró en toda su faz un puro rayo del infinito.

## IV

## OTRAS POESÍAS

«Allá por el camino, triste y cansada.  
 La viejecita viene con paso lento  
 Cantando con voz queda como un lamento  
 El antiguo estribillo de una balada.  
 Aunque muere en sus labios ya la tonada,  
 Aunque es como un suspiro débil su acento,  
 Concentrando en la estrofa su pensamiento  
 Ameniza lo rudo de la jornada.  
 Mas de pronto se nubla su faz serena  
 Y calla: ¿qué recuerdo le causa pena?  
 Su semblante se enciende de honda tristeza  
 Y un sollozo se escapa de su garganta,  
 Que es la nota apagada con que ella empieza  
 La balada más triste de las que canta.

Este poemita de un ritmo casi musical, de un sentimiento tan tierno y hondo tiene su historia, su antecedente como todo lo humano. Niña aún la poetisa pasaba con su madre por un bazar y allí de una mirada divisó un cuadro sugestivo; quiso comprarlo, pero por circunstancias ajenas no lo hizo suyo. Pero para el poeta poseer es cosa fácil; con su imaginación todo lo abarca y todo lo acaricia su musa amorosa. Cuando el cerebro tiene una idea, el alma tiene sus alas, dijo el divino Platón.

De esa poderosa sugestión nacieron esos versos.

• La burbuja  
 De Champaña  
 Que en tus labios se evapora,  
 La dorada  
 Cristalería que en el mármol  
 De tu mesa se refleja,  
 .....  
 Todas esas moribundas  
 Son mis pálidas hermanas;  
 Todas esas que te dan su vida entera  
 Todas esas que te dan toda su alma  
 Tiernamente, dulcemente, tristemente,  
 Sin que tengas su agonía ni siquiera la piedad de tu mirada.

Este es el canto último del libro manuscrito, y para mí simboliza la extraña tristeza, «la melancolía medio neurótica» que siempre acompaña á la musa de la poetisa.

En idioma de selecta riqueza de imágenes, que rivalizan en belleza, nombra á sus pálidas hermanas: las tristezas extrañas y sin fin, los amores que nacen bellos para concluir en pesares.

## V

CONCLUSIONES.—EL MOTIVO DE ESTA POESÍA.—SU EXPRESIÓN.  
—SITIO OCUPADO POR MARIA EUGENIA VAZ-FERREIRA EN EL PARNASO URUGUAYO.—ALEGORÍA AL RESPECTO.

Lo triste, aquello inevitable de desilusión que llevan como gérmenes fatales todas las cosas humanas, constituye el gran inspirador de nuestra poetisa.

Para expresar esos pesares que las almas selectas conocen ~~á fondo, esa suprema neurastenia, ese hastío más ó menos~~ pronunciado que llevan de la vida todos los poetas, María Eugenia Vaz-Ferreira acude en primer término á la *sinceridad de oro* de su corazón, fuente de la energía y de las emociones intensas que produce su poesía, y en segundo á la naturaleza, hermosa y eterna promesa de un más allá más justo para la poesía y para los poetas.

Creo que los numerosos ejemplos citados de esta poesía fuerte y honda justifican las premisas sentadas al principio de este ensayo.

Tres poetas, á mi modo de ver inductivo, en nuestro país, por la época en que andamos, llevan en su obra y en su vida, la belleza de la originalidad y la marcada individualidad; ellos son Zorrilla de San Martín, María E. Vaz-Ferreira y Julio Herrera y Reissig. Para mí cada uno de estos es una personalidad y representa una influencia: Zorrilla, la tradición hispana y cristiana; María Eugenia Vaz-Ferreira, la tendencia nórdica de cantar la vida interior, «sus sueños y



sus aspiraciones... su concepción tempestuosa ó luminosa de la belleza y de la verdad... sus visiones <sup>(1)</sup> y Julio Herrera y Reissig, el alma modernista de París.

Tres escuelas, dos principes y una princesa, á cuyas cortes respectivas vienen á ventilar sus ansias de lo bello y de lo extraño, sus gustos de aristócratas intelectuales las pléyades juveniles y todos los demás poetas.

Para precisar bien estas ideas me voy á permitir traducirlas por una imagen ó una alegoría, figura favorita de las almas inquietas.

Supongamos una reunión de los poetas uruguayos como las que tenían lugar en la genial Atenas, alrededor de Platón, Sócrates ó Aspasia; en la edad media, en los castillos ancestrales, y hoy en los salones del estético París.

En el fondo del jardín de esta novel academia ática, está Zorrilla de San Martín conversando con Magariños Cervantes y Figueroa, nobles *pioneers*, mientras cruzan por su imaginación y razón claras las sombras de Artigas y de Tabaré. Muy cerca de estos areopagitas están las poetisas María H. Sabía y Oribe y Ernestina Méndez Reissig, amistosamente entrelazadas como dos atenienses, sonríen al bardo cristiano y se cuentan sus vidas sencillas pero bellas. Más allá tendiendo su mano hacia un brazo de la lira zorrillana está Raúl Montero Bustamante, pensando en cantar á los héroes de la patria. A lo lejos se avista una cabalgata poética guiada por Roxlo, hecho una llama, tan intensa es su inspiración fogosa: canta con calor á la tierra en que nació y soñó. Lo acompañan Elías Regules, Antonio Lussich, De-María y otros bardos que adornan la vida del campo americano.

Cerca de éstos cabalgan también tres trovadores del gayo amor: Guzmán Papini y Zas, Emilio Frugoni y Ricardo Pasano. El primero se inspira en la exuberante vida de Andalucía, el segundo busca en Italia la suavidad y melancolía de su musa; el tercero en el hogar, en los sentimientos nobles del corazón, escucha sus inspiraciones.

(1) TARRU. *Notes sur l'Angleterre*, pág. 102.

Se encaminan hacia los patriarcas de nuestra poesía y Zorrilla.

Hacia el medio del jardín, en un bosque, José E. Rodó, como Diógenes, está solo buscando la forma ática y el aticismo en la vida; viste clámide valeriana. Sobre un césped suave, Daniel Martínez Vigil, maestro de retórica y poética, agitado por una idea de Guyau, invita á los jóvenes que abren sus almas al arte literario y dialéctico, á su tienda solitaria para instruirlos.

Más allá la gran poetisa del Uruguay y de América, como Penélope, teje la tela de la poesía de su vida, esperando á su soñado Ulises.

Acallá un grupo de soñadores melancólicos oyen la altiva música de Stephane Mallarmé y de Verlaine, mirando á veces las acuarelas de lánguidos y delicados colores que pinta en el flanco de su ánfora helena Albert Samain. Uno de ellos, envuelto en la clámide magistral, escucha sabiamente y luego canta extraña y hermosamente ante dos discípulos extasiados. Son ellos: Julio Herrera y Kessig, Julio Lerena Juanicó, y Juan José Illa Moreno. Lerena parece querer tender su vuelo al inmenso mar de lo azul donde navegan en barcas de oro los genios de la Humanidad. Illa Moreno busca en la tristeza serena y perenne y en el crepúsculo sugestivo de otoño su inspiración adolescente. Ambos adoran al príncipe Julio y saludan en él á uno de los representantes americanos más acabados del modernismo poético.

Todos estos poetas y poetisas describen de su alma la belleza, de su corazón la pesadosa é incurable tristeza, su alegría ó su inquietud ante la vida, la muerte, el infinito ó la eternidad. A través de los diversos aspectos del arte se rinde culto á la belleza que como el Dios de todas las religiones es uno, ideal y eterno.

ALBERTO NIX FRIAS.

(Conclusión)